

# Guerrilla, bandolerismo social, acción colectiva. Algunas reflexiones metodológicas sobre la resistencia armada antifranquista

Jorge MARCO  
Universidad Complutense de Madrid  
marco\_jorge77@yahoo.es

## RESUMEN

Este texto analiza la resistencia armada antifranquista entre 1939-1952. Se argumenta en él la necesidad de vincular el nuevo fenómeno a las formas y tipologías de acción colectiva anteriores al final de la guerra. El carácter transitorio de la acción colectiva en las tres primeras décadas del siglo XX, sugerido por la coexistencia de repertorios tradicionales y modernos en las prácticas de protesta colectiva, encaja con la existencia de dos formas diferenciadas de resistencia armada que propone el autor: guerrilla y bandolerismo social.

**Palabras clave:** España. Primer Franquismo (1939-1957). Guerrilla. Bandolerismo social. Acción colectiva.

## *Guerrilla, Social Banditry, Collective Action. Some Methodologic Reflections on the Armed Antifranquista Resistance*

## ABSTRACT

This text analyzes the armed antifranquista resistance between 1939-1952. It's meant to tie the new phenomenon to the forms and typologies of collective action previous to the end of the war. The transitory character of the collective action in the first three decades of the XX century, suggested by the coexistence of traditional and modern repertoires in the practices of collective protest, fits with the existence of two differentiated forms of armed resistance that the author proposes: guerrilla and social banditry.

**Key words:** Spain. Post War (1939-1957). Guerrilla. Social Banditry. Collective Action.

**Sumario:** 1. Viejos conflictos, nuevos contextos, cambios en la acción colectiva. 2. Los efectos de la represión y el fenómeno de los huidos. 3. Campesinos, esos grandes olvidados. 4. Nuevos contextos: nuevos repertorios. Continuidades y discontinuidades en la acción colectiva. 5. Organizaciones previas/Redes de apoyo/vertebradores de grupo. 6. Bandolerismo social: ¿una categoría válida para el análisis de la resistencia? Conclusiones.

La historiografía de la Resistencia en Francia ha sufrido importantes y sustanciales cambios en las últimas décadas del siglo XX. En sus orígenes, una vez consumada la Liberación, fueron las instituciones del Estado, bajo el síndrome de Vichy, las que construyeron una historia conmemorativa de la Resistencia — la cele-

bración del pueblo en resistencia— que permitiera restaurar la autoridad sin generar crisis internas de legitimidad. Al protagonismo del Estado se une el de los propios resistentes que desde un primer momento impulsaron cientos de estudios, contribuyendo a la difusión de una historia mitificadora y estrictamente política (figuras de la resistencia, organismos centrales, operaciones, etc.) cuyos sedimentos permanecieron visibles durante al menos cuatro décadas. Si bien es cierto que desde los años sesenta empiezan a surgir trabajos críticos, hasta los años ochenta, con François Bédarida y un grupo de historiadores a la cabeza, no se produce una ruptura real con la historia política de la Resistencia. A partir de ese momento la historia social impregna las nuevas investigaciones con importantes innovaciones como la propia redefinición del concepto de resistencia: ya no se habla de Resistencia sino de resistencias. La cuestión de Vichy y el colaboracionismo, los debates en torno a la memoria, los testimonios y la historia, los elementos rurales de la resistencia, han generado en los últimos años un intenso debate y un giro radical en la producción historiográfica francesa sobre la resistencia<sup>1</sup>.

Una revisión de la historia y la historiografía en España nos permiten observar las enormes diferencias con el caso francés, y de ahí parten algunos de los problemas que nos encontramos en la actualidad. En primer lugar, la resistencia armada antifranquista la protagonizaron los vencidos de una guerra, por lo que al final de su periplo guerrillero, el Estado, al contrario del caso francés, les condenó a una doble sentencia: la cárcel y la muerte, en primera persona, y más treinta años de ostracismo y silencio. La estrategia del franquismo sólo se violentó al final de la dictadura espoleada por las primeras publicaciones que llegaron desde el exilio: es entonces cuando la estrategia del silencio dio paso a la estrategia de la criminalización. La literatura oficial, dirigida por el teniente coronel de la Guardia Civil Francisco Aguado, trasladó el conflicto político de la sierra al campo historiográfico, calificando a los guerrilleros como simples malhechores, terroristas, criminales y bandoleros<sup>2</sup>. La respuesta, en plena transición democrática, no se hizo esperar, y aparecieron nuevas publicaciones con un carácter hagiográfico invadidas por la urgencia de reivindicar la memoria de los guerrilleros<sup>3</sup>. En esta dinámica de

---

<sup>1</sup> Entre 1993 y 1996 se desarrolló un ciclo de seis coloquios de gran interés sobre la *Resistencia* en Francia. El primero de ellos se recoge en el libro: GUILLÓN, Jean-Marie y LABOIRE, Pierre (Dir): *Mémoire et Histoire: La Résistance*, Toulouse, Privat, 1995. Una valoración sobre los siguientes se encuentra en: FRANK, Robert: "La Résistance et les Français, un cycle de six colloques, 1993-1996", *CLIO*, 1 (1995). En español, se puede revisar la evolución de los debates en: YUSTA, Mercedes: *Guerrilla y resistencia campesina*, Zaragoza, PUZ, 2003.

<sup>2</sup> AGUADO, Francisco: *El maquis en España: su historia*, Madrid, San Martín, 1975 y *El maquis en sus documentos*, Madrid, Editorial San Martín, 1976.

<sup>3</sup> A modo de ejemplo: SOREL, Andrés: *Búsqueda, reconstrucción e historia de la guerrilla española del siglo XX a través de sus documentos, relatos y protagonistas*, París, Editions Libraire du Globe, 1970; FERNÁNDEZ, Alberto E.: *La España de los maquis*, México, Era, 1971; KAISER, Carlos J.: *La guerrilla antifranquista. Historia del Maquis*, Madrid, Ediciones 99, 1976; VIDAL SALES, José Antonio: *Después del 39: la guerrilla antifranquista*, Barcelona, ATE, 1976; CICERO GÓMEZ: *Los que se echaron al monte*, Madrid, Editorial Popular, 1977; GÓMEZ PARRA, Rafael: *La guerrilla antifranquista (1945-1949)*, Madrid, Revolución, 1983.

réplica y contrarréplica se construye, entre 1970 y principios de los años ochenta, las bases de la bibliografía sobre la resistencia armada en España.

La superación de este tipo de conflictos en las ciencias sociales no se resuelve con la equidistancia, sino con la metodología, y en la misma década de los ochenta surge una nueva historiografía que se caracteriza por el interés histórico del fenómeno y la superación, en mayor o menor medida, de las cuestiones ideológicas. La nueva bibliografía cuenta, por lo tanto, con más de veinte años de trayectoria y más de medio centenar de títulos en su haber<sup>4</sup>. En cambio, si comparamos la naturaleza de la ruptura en la historiografía francesa y española, comprobamos que es sustancialmente diferente. Esto se debe a un motivo fundamental: en Francia, desde hacía cuarenta años, se venían realizando trabajos de investigación sobre la resistencia, por lo tanto, la ruptura se significó en el ámbito de la metodología y la interpretación. En España, por el contrario, se contaba con una escasa y mediocre bibliografía, por lo que el esfuerzo de los historiadores se concentró en aspectos más descriptivos: identificación de grupos, focos guerrilleros, características generales del fenómeno, etc.

Esta breve introducción nos permite comprender la trayectoria de la investigación en España, pero nuestro compromiso es reflexionar sobre el escaso avance de la historiografía española en el ámbito metodológico, siendo incapaz, salvo en el caso excepcional de Mercedes Yusta<sup>5</sup>, de superar una historia de carácter exploratorio y descriptivo, y sugerir nuevas preguntas a un fenómeno que todavía contiene importantes retos para el historiador. La resistencia armada en la posguerra es un fenómeno complejo y heterogéneo que no se puede explicar, como se ha sugerido, atendiendo exclusivamente a la cuestión de la “pervivencia de un movimiento obrero con conciencia de clase y obrerista”<sup>6</sup>.

Desde nuestra perspectiva, los principales enfoques sobre el conflicto social y la violencia política resultan de enorme interés para el análisis de la resistencia armada antifranquista. Pero la amplitud de la literatura no nos debe confundir; no deben ser considerados como esquemas excluyentes sino que pueden servir como base para el avance de una explicación teórica conjunta<sup>7</sup>. La pretensión de este trabajo

<sup>4</sup> Los más destacados: HEINE, Harmunt: *A guerrilla antifranquista en Galicia*, Vigo, Xerais, 1982; SERRANO, Secundino: *La guerrilla antifranquista en León (1936-1951)*, León, Junta Castilla y León, 1986; ROMEU ALFARO, Fernanda: *Más allá de la utopía: perfil histórico de la Agrupación Guerrillera de Levante*, Valencia, Alfons El Magnánim, 1987; MORENO GÓMEZ, Francisco: *Córdoba en la posguerra: (la represión y la guerrilla, 1939-1950)*, Córdoba, Francisco Baena, 1987 y *La resistencia armada contra Franco: El centro-sur de España, de Madrid al Guadalquivir*, Barcelona, Crítica, 2001; YUSTA, Mercedes: *La guerra de los vencidos. El Maquis en el Maestrazgo turolense, 1940-1950*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 1999 y *Guerrilla y resistencia campesina: la resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1939-1952)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2003.

<sup>5</sup> YUSTA, Mercedes: *La guerra de los vencidos: el maquis en el Maestrazgo turolense, 1940-1950*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1999 y *Guerrilla y resistencia campesina: la resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1939-1952)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2003.

<sup>6</sup> MORENO GÓMEZ, Francisco: *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 5.

<sup>7</sup> GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *La violencia en la política*, Madrid, CSIC, 2002, p. 17.

es reflexionar sobre las posibilidades de aplicar herramientas teóricas como la agenda clásica de los movimientos sociales y la acción colectiva o el bandolerismo social en el análisis de la resistencia armada, sin que esto sirva de precedente para limitar nuestros marcos teóricos. Con este objetivo, proponemos nuevas hipótesis y modelos de interpretación que nos permitan insertar la resistencia armada antifranquista en la tradición de las acciones colectivas y establecer la existencia de dos estrategias diferenciadas de resistencia: guerrilla y bandolerismo social, con el propósito de generar un amplio debate sobre el tema.

## 1. Viejos conflictos, nuevos contextos, cambios en la acción colectiva

En ocasiones, la falta de comunicación entre disciplinas ha causado el desconocimiento de trabajos y modelos explicativos que en caso de mayor proximidad, hubieran permitido avances importantes en el ámbito de las ciencias sociales. Mayor gravedad reviste el asunto cuando esta incomunicación se produce dentro de una misma disciplina. Compartimos con el lector estas reflexiones no sólo para reivindicar —la por otra parte todavía necesaria reivindicación de una mayor interdisciplinariedad en las ciencias sociales— sino por la desazón que nos produce el aislamiento de la resistencia armada antifranquista dentro de la historiografía española —recluida como una especie de fenómeno excepcional—, y más en particular, en los estudios sobre las formas de movilización, violencia política y conflicto social en España.

Cuando revisamos la bibliografía sobre los movimientos sociales y la conflictividad social en el siglo XX<sup>8</sup>, observamos cómo se traza un formidable recorrido desde las últimas décadas del siglo XIX hasta 1939, destacando los importantes cambios que se producen en las organizaciones obreras con la constitución de nuevos objetivos y la ampliación de los repertorios de acción colectiva. Los capítulos dedicados a la conflictividad campesina suelen ser más reducidos, subrayando la misma tendencia aunque incorporados a un ritmo más lento. La Semana Trágica, la huelga general de 1917 y el proceso de agudización del conflicto durante el periodo republicano son los casos más estudiados en una amplia bibliografía. En los últimos años también se ha avanzado en el estudio de la conflictividad social y la violencia política dentro de los márgenes de la guerra civil, con un marcado interés por la cuestión de la represión en las retaguardias.

Pero entonces llega el 1 de abril de 1939; el final de la guerra, la instauración de la dictadura, la represión, el exilio, y uno se pregunta: ¿qué ha ocurrido con un conflicto social de tan largo recorrido y de tales dimensiones? Por lo general, el salto de párrafo —de 1939 a 1956— suele ser un salto al vacío; una escueta referencia a la represión es suficiente para explicar la ausencia de acciones colectivas.

---

<sup>8</sup> Un amplio resumen, en: PÉREZ LEDESMA, Manuel: *Estabilidad y conflicto social. España, de los iberos al 14-D*, Madrid, Nerea, 1990.

Los años cuarenta y cincuenta, en palabras del profesor Alvarez Junco, podríamos denominarlos como un periodo durmiente<sup>9</sup>, de tal forma que la experiencia colectiva de más de cuatro décadas de conflicto entra en una especie de remanso, que por desconocidos mecanismos, se despierta dos décadas más tarde en forma de conflictos laborales y estudiantiles.

En el presente artículo sostenemos que la resistencia armada antifranquista debe ser considerada como un tipo de acción colectiva en perfecta sintonía con las experiencias anteriores. Al final de la guerra, la instauración de una férrea dictadura y la extensión de altos niveles de represión indiscriminada (campos de concentración, cárceles, causas militares, ejecuciones extrajudiciales, etc.), disuadieron cualquier posibilidad de continuidad en los movimientos sociales. Tuvieron que transcurrir dos décadas, con los cambios en el contexto político —un relajamiento en los niveles de represión, la apertura de nuevos espacios y oportunidades con la existencia de diversas formas de disidencia interna, etc.— para que se abrieran las posibilidades de desarrollar acciones colectivas a través de movimientos sociales. “Pero no toda acción colectiva es la acción de un movimiento social”<sup>10</sup>, y si bien es cierto que desde el final de la guerra no existieron oportunidades políticas para la existencia de movimientos sociales, la fuerte intensidad de la represión desatada provocó un fenómeno nuevo, el de los huidos, que unos años más tarde, con la llegada de nuevas remesas externas, tuvo la posibilidad de alcanzar mayores grados de organización y constituirse como grupos guerrilleros<sup>11</sup>.

Nuestra labor consiste, por lo tanto, en destacar las discontinuidades entre la acción colectiva anterior y posterior al final de la guerra como consecuencia de los distintos contextos en que se desarrollaron, pero al mismo tiempo, poner de relieve los elementos que nos permitan mostrar sus continuidades. Con este afán emplearemos la mayor parte del presente documento, exponiendo las amplias posibilidades de análisis que nos permite la aplicación de un conjunto de herramientas (oportunidades políticas, estructuras de movilización, etc.), vinculadas al estudio de los movimientos sociales y las formas de acción colectiva<sup>12</sup>.

## 2. Los efectos de la represión y el fenómeno de los huidos

En las investigaciones sobre los movimientos sociales la cuestión de la interacción entre los movimientos y la política institucionalizada es un elemento clave que

---

<sup>9</sup> ÁLVAREZ JUNCO, José: “Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista”, LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (Eds.): *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 2001, pp. 413-442.

<sup>10</sup> Un análisis sobre las diferencias entre comportamiento colectivo, acción colectiva y movimiento social, en: REVILLA BLANCO, Marisa: “El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido”, *Zona Abierta*, 69 (1994), p. 187.

<sup>11</sup> Un análisis de la guerrilla como acción colectiva, en: NUBIA RODRÍGUEZ, Alba: “Acciones colectivas en el conflicto político colombiano. ¿De guerrilla a grupos terroristas? El caso del ELN”, *Política y Sociedad*, 42-2 (2005), pp. 133-147.

<sup>12</sup> Un interesante acercamiento a la materia: McADAM, Doug, McCARTHY, John D. y ZALD, Mayer N.: *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1999.

se ha desarrollado en torno al estudio de las oportunidades políticas<sup>13</sup>. Pero la centralidad de este tipo de análisis sobre los nuevos movimientos (NMS) en contextos democráticos ha despertado escasa atención entre los especialistas sobre la influencia de la represión tanto en la génesis como la naturaleza o el desarrollo de la acción colectiva. Algunas excepciones, como los trabajos de Charles Brockett o Della Porta han subrayado en distintos contextos (Centroamérica, Italia y Alemania) la importancia de la represión en el estudio de la acción colectiva<sup>14</sup>.

En nuestro caso, la instauración de una férrea dictadura y unos altos niveles de represión después de la guerra civil, no sólo impidieron la cristalización de cualquier tipo de movimiento social, sino que generó un nuevo fenómeno, el de los *huidos*, que durante la década de los cuarenta, y en un permanente proceso de cambio, dio lugar a la resistencia armada antifranquista, convirtiéndose en la única forma de acción colectiva posible. Pero si observamos con atención, la propia naturaleza de los nuevos repertorios de acción colectiva que desarrollaron los grupos de resistencia armada muestra una enorme continuidad con los repertorios anteriores.

La cuestión de los huidos —personas que salen de sus pueblos para refugiarse en el monte u otras provincias ante el miedo a la represión— no es exclusiva de la posguerra. Las sierras de Galicia, Asturias, León, Málaga, Huelva, Sevilla o Granada, entre otros lugares, durante el periodo de la guerra civil, sufrieron una avalancha de hombres y familias que temían regresar a sus casas ante enviste de la represión en la retaguardia sublevada. Nos encontramos, por lo tanto, ante un problema de refugiados y desplazados que durante meses vagaron por las sierras, otros territorios fronterizos o sobrevivieron escondidos cerca de sus propias demarcaciones. Una vez terminada la guerra, algunos regresaron a sus lugares de residencia, otros, cautelosos, prefirieron permanecer escondidos en el monte. La articulación de la represión durante los primeros momentos de la posguerra mediante grupos controlados y la constitución de un marco jurídico dirigido a la depuración política de la sociedad (Ley de Responsabilidades Políticas del 9 de febrero de 1939, Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo de primero de marzo de 1940 y Ley de Seguridad del Estado de 29 de marzo de 1941) provocó la huida de centenares de nuevas personas.

El perfil de los huidos, siendo heterogéneo, tiene un elemento común: en la mayoría de los casos pertenecía al campesinado. Pero cuando analizamos la represión del primer franquismo en el ámbito rural debemos tener en cuenta dos aspectos relevantes. En primer lugar, la represión no estuvo ligada exclusivamente a los acontecimientos de la guerra civil, siendo la conflictividad campesina en una pers-

---

<sup>13</sup> Una revisión, en: McADAM, Doug: “Orígenes terminológicos, problemas actuales, futuras líneas de investigación”, en McADAM, Doug, McCARTHY, John D. y ZALD, Mayer N.: *Movimientos sociales...*, *Op. cit.* pp. 49-70.

<sup>14</sup> BROCKETT, Charles D.: “The Structure of Political Oportunities and Peasant Mobilization in Central America”, *Comparative Politics*, 23-3 (Apr., 1991) y DELLA PORTA, Donatella: “Movimientos sociales y Estado: algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta”, en McADAM, Doug, McCARTHY, John D. y ZALD, Mayer N.: *Movimientos sociales...*, *Op. cit.*, pp. 100-142.

pectiva de largo recorrido la que nos puede ampliar las claves explicativas<sup>15</sup>. En segundo lugar, el carácter indiscriminado de la represión afectó no sólo a figuras relevantes de partidos políticos u organizaciones sociales, sino también a cuadros inferiores, militantes esporádicos, meros simpatizantes, e incluso, en no pocas ocasiones, a personas sin ningún tipo de vinculación política o afectiva.

Uno de los efectos de esta represión ligada a la conflictividad campesina pero de carácter indiscriminado fue la huida de un conjunto heterogéneo de personas que iban desde experimentados militantes de organizaciones sindicales a personas con una escasa o nula experiencia colectiva. La existencia de esta diversidad entre los huidos, junto a la cuestión de la coexistencia de repertorios de acción colectiva (tradicional y moderno) en los movimientos sociales del periodo inmediatamente anterior al final de la guerra, nos permiten explicar (y mostrar una continuidad) en el desarrollo de dos formas diferenciadas de resistencia (guerrilla y bandolerismo social) dentro de lo que en su conjunto hemos denominado como resistencia armada antifranquista. Pero no debemos caer en el error de mostrar una imagen estática del fenómeno; entre 1939 y 1952 existieron cambios importantes y su evolución no fue uniforme en todo el territorio.

Como modelo general podríamos diferenciar tres grandes etapas que atienden al siguiente movimiento (atomización/agrupación/dispersión, declive y desaparición), que corresponden al periodo de huidos (1936/39-1944), periodo guerrillero (1945-1949) y periodo de declive y desaparición (1950-52). Aun así, tendríamos que mencionar la existencia de formaciones guerrilleras antes de 1945 impulsadas desde el interior por los propios huidos, véase el ejemplo de la Federación de guerrillas de León-Galicia (1942), o guerrillas de nueva implantación (sin grupos de huidos con anterioridad), como es el caso de la Agrupación Guerrillera de Levante Aragón (AGLA).

La primera generación de huidos (1936-39/43) configuró un complejo conjunto de grupos dispersos en el territorio, con distinto grado de conexión entre ellos (alto, medio, bajo o nulo), de escasa organización, carentes de estrategia y recursos, y cuyo principal objetivo era subsistir, lo cual condicionó tanto la estructura de los grupos como el repertorio de acciones colectivas. Sólo más adelante, con la llegada de militantes experimentados en el maquisard francés — muchos de ellos formados en la Escuela guerrillera de Toulouse o instruidos por militares norteamericanos en las proximidades de Argel— y con unas claras consignas del PCE, se consiguió la construcción de unas estructuras organizativas sólidas (agrupaciones guerrilleras), viéndose los repertorios de acción colectiva ampliados, aunque estos no se extendieron a la totalidad de los grupos.

En este sentido, consideramos que si bien la represión es esencial, como hemos podido comprobar, para comprender tanto la naturaleza, como la génesis y el desarrollo de la resistencia armada, existen otros elementos que no debemos pasar por

---

<sup>15</sup> Un extraordinario ejemplo de este tipo de análisis se puede encontrar en el capítulo V y VI de: COBO ROMERO, Francisco: *Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2004.

el alto. Más adelante haremos algunas reflexiones en torno a la cuestión de las organizaciones, pero de vital importancia es el contexto internacional que nos permite observar los cambios estratégicos de los dos actores en conflicto. En los albores de la 2ª Guerra Mundial y ante la proximidad de la liberación de Francia, las fuerzas del exilio, y más en particular el PCE, decidió intervenir en el interior con un objetivo definido: el envío de miembros del partido para organizar los grupos dispersos y reunirlos en agrupaciones guerrilleras que sirvieran de apoyo a una previsible invasión de los aliados. En términos teóricos, esta fue la función de la guerrilla entre 1945 y 1948, y en este contexto debemos entender la invasión del Valle de Arán (octubre de 1944) o los pequeños desembarcos de guerrilleros en las costas de Málaga, Almería y Granada. La dictadura de Franco durante este periodo (1943-46), después de la extensión del terror en los primeros años de la posguerra, rebajó los niveles de represión —sin que esta dejara de ser permanente—, ante el viraje que estaba dando la 2ª Guerra Mundial hacia los aliados.

Los cambios geopolíticos en el contexto internacional que se sucedieron al término de la guerra provocaron, al menos, dos cambios sustanciales. En primer lugar, el PCE propuso un cambio de táctica. El debate se plantea a partir de la reunión entre Santiago Carrillo, Dolores Ibárruri y Francisco Antón, por parte de la delegación española del PCE, y José Stalin, Molotov, Voroshilov y Suslov, en el Kremlin, en el mes de octubre de 1948. En esta reunión se sugiere una especie de reconversión de los guerrilleros en agitadores políticos. La nueva táctica favorecía la infiltración en los sindicatos verticales, por lo que la función de la guerrilla consistiría a partir de ese momento en proteger a los Comités Regionales del Partido. Este cambio de táctica contó con un problema fundamental; las transformaciones en el campo geopolítico también habían afectado a la dictadura franquista, pasando de ser un régimen en la órbita del eje nazi-fascista, y por lo tanto, un enemigo de los aliados y posible objetivo de ocupación, a ser un elemento clave en el freno de la extensión del comunismo en la Europa occidental. EEUU, que como ya hemos comentado, durante de la 2ª Guerra Mundial llegó a facilitar la formación militar y el apoyo logístico de guerrilleros españoles; en la actualidad se esfuerza por combatir a los grupos de resistencia griega que pretenden llevar a cabo un proceso revolucionario. En este contexto, la dictadura franquista, convertida en un régimen estabilizador, se dejó de sentir observada, e incluso podríamos decir, legitimada pasivamente por las potencias occidentales para eliminar la resistencia armada antrifranquista que se considera en el exterior como un frente comunista bajo las directrices del Komintern. De este modo, podemos observar cómo desde finales de 1946, pero sobre todo entre 1947 y 1949 —debemos recordar que el fin del estado de guerra en España no se declara hasta 1948—, se extiende de nuevo una ola de represión que ha sido denominada por algunos autores como el trienio del terror. Este incremento de la represión propició una segunda generación de huidos y el inicio del declive de los grupos guerrilleros. Ante esta situación, los miembros de la resistencia mostraron su disconformidad ante un cambio de táctica cuyas posibilidades, a la altura de finales de los años cuarenta, eran escasas y resultaban en extremo peligrosas.

### 3. Campesinos, esos grandes olvidados

Antes de continuar con el hilo de la argumentación debemos señalar un hecho relevante al cual la historiografía ha prestado escasa atención: la resistencia armada se desarrolló fundamentalmente en el ámbito rural y más de la mitad de sus miembros pertenecían al campesinado. En estas circunstancias, la atención a las formas de conflictividad campesina resulta ineludible. En el caso de la provincia de Granada, eje central de nuestra investigación, contamos con varios trabajos que señalan, durante este periodo, el carácter de transitoriedad de las formas de acción colectiva en el ámbito rural.

El primer tercio del siglo XX va a ser protagonista de cambios radicales. La introducción de la lógica capitalista profundizó la segmentación del campesinado y aumentó la conflictividad campesina en la zona, siendo quizás, el denominado trienio bolchevique, el más virulento de todos ellos hasta la primavera de 1936. Un análisis de la conflictividad durante todo este periodo, y muy particularmente la experiencia republicana, nos permite comprobar la existencia de resistencias polimórficas dentro de un campesinado heterogéneo y en pleno proceso de transformación, lo cual pone de manifiesto al menos una doble vertiente de la conflictividad: (1) una conflictividad expresada a través de nuevos repertorios de acción colectiva —huelgas, paros, etc.—, vinculada fundamentalmente al sector jornalero, con reivindicaciones en torno a los salarios, las condiciones laborales y el número de jornadas, representado en sus inicios por el sindicalismo anarquista y a partir del trienio bolchevique por la FNTT, de signo socialista y (2) una conflictividad de carácter más comunitario —que no prepolítico o primitivo— en torno a la cuestión de los recursos y la organización de las relaciones sociales, cuyos repertorios de acción colectiva tenían un carácter más tradicional<sup>16</sup>.

Nos encontramos, por lo tanto, en un periodo de transición donde podemos observar al mismo tiempo cómo las organizaciones obreras adquieren un mayor protagonismo (extendiéndose nuevos repertorios de acción colectiva —huelgas, mítines, manifestaciones, etc.) en coexistencia con repertorios tradicionales tanto de carácter colectivo (motines anticlericales, ocupaciones de tierras, destrucción de cosechas, etc.) como individual (incendios, caza furtiva, robos, etc.). Pero esta coexistencia no nos debe conducir a errores. Los métodos y herramientas de lucha no sólo coexisten sino que en muchas ocasiones son intercambiables<sup>17</sup>. En este sentido es interesante comprobar cómo los altos índices de conflictividad en Granada no son proporcionales a los bajos índices de militancia que no superaron —ni siquiera

---

<sup>16</sup> CRUZ ARTACHO, Salvador: *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad rural en Granada, 1890-1923*, Madrid, Libertarias, 1994 y LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario: *Orden público y luchas agrarias en Andalucía. Granada, 1931-1936*, Madrid, Libertarias, 1995.

<sup>17</sup> GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel: “Perspectivas socioambientales de la historia del movimiento campesino andaluz”, en GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel (Coord.): *La historia de Andalucía...*, *Op. cit.*, p. 277.

en las coyunturas de mayor conflictividad— el 8% de la población activa agraria en las dos primeras décadas del siglo XX y el 12% en plena guerra civil<sup>18</sup>.

#### 4. Nuevos contextos: nuevos repertorios. Continuidades y discontinuidades en la acción colectiva

Desde el inicio de este artículo hemos insistido en la necesidad de observar la evolución de las formas de acción colectiva para el estudio de la resistencia armada. En este sentido, Álvarez Junco ha establecido tres periodos fundamentales en la historia contemporánea de España. El primero, comprendido entre mediados del siglo XIX y la guerra civil, denominado como clásico o tradicional, estaría dominado por un significativo apoliticismo y el uso de repertorios colectivos de carácter tradicional. El segundo, calificado de moderno, recogería los nuevos repertorios de acción colectiva surgidos a partir de la década de los sesenta hasta los inicios de la transición, dando paso, en un breve lapso de tiempo, al periodo posmoderno, que abarcaría desde los inicios de la década de los ochenta hasta la actualidad y que recogería lo que se conoce ampliamente como nuevos movimientos sociales (NMS)<sup>19</sup>. Recordamos que es en este contexto donde se define a la década de los años cuarenta y cincuenta como un periodo durmiente.

Rafael Cruz, en un análisis más pormenorizado sobre los repertorios de acción colectiva en el siglo XX en España, pone de manifiesto un elemento importante:

El tránsito de un repertorio a otro no ocurrió en España de la noche a la mañana, ni en una fecha determinada, sino que la generalización de un repertorio nuevo que sustituyera de forma definitiva al repertorio tradicional tuvo un periodo de gestación más bien largo que abarcó varias décadas<sup>20</sup>.

Los cambios en la historia, sean del tipo que sean, nunca tienen un carácter sustitutivo. Los historiadores, en nuestro afán por describir la evolución y el cambio en las sociedades, destacamos en exceso la aparición de lo nuevo en detrimento de la explicación de la coexistencia entre lo viejo y lo nuevo. De este modo, solemos dar una imagen hegemónica de lo nuevo cuando en realidad, y sobre todo en los momentos iniciales, la operatividad de lo viejo tiene mayor relieve en una sociedad. Frente al modelo de sustitución debemos aplicar el modelo transitorio, que nos permite observar no sólo la aparición de lo nuevo, sino la coexistencia de ambas prácticas y los cambios hegemónicos a lo largo de un amplio periodo.

La aplicación de esta perspectiva a los repertorios de acción colectiva nos demuestra que si bien a partir del final de la I Guerra Mundial podemos apreciar la

---

<sup>18</sup> MONTAÑÉS, Enrique: “Los movimientos...”, op. cit., p. 97; GIL BRACERO, Rafael: *Revolucionarios sin revolución. Marxistas y anarcosindicalistas en guerra: Granada-Baza, 1936-1939*, Universidad de Granada, 1998, p. 263 y el *Censo de Población de la provincia de Granada* de 1930.

<sup>19</sup> ÁLVAREZ JUNCO, José: “Movimientos sociales en España...”, art. cit., pp. 413-414.

<sup>20</sup> CRUZ, Rafael: “El mitin y el Motín. La acción colectiva y los movimientos sociales en la España del siglo XX”, *Historia Social*, 31 (1998), p. 139.

aparición de un nuevo repertorio de acción colectiva —huelgas, manifestaciones, mítines, peticiones, etc.— éste no se convierte en una práctica generalizada hasta el final de la dictadura franquista, permaneciendo durante todo ese periodo el repertorio tradicional en las prácticas individuales y colectivas.

Somos conscientes de los problemas metodológicos que nos plantea el uso de los repertorios de acción colectiva en este trabajo. En primer lugar, autores como Charles Tilly y Sydney Tarrow establecen como uno de los rasgos definitorios del cambio en los repertorios, la intensidad de la violencia que ejercen, es decir, los nuevos repertorios tienden a un menor recurso de la violencia frente a otras estrategias de confrontación. “La mayor parte de las formas tradicionales de acción colectiva se centraban en la violencia, o en la amenaza de la violencia, porque era la forma de acción colectiva que más fácilmente podían emprender grupos locales aislados y poco informados”<sup>21</sup>. Si bien podemos compartir este argumento como modelo general, debemos tener en cuenta la importancia del contexto político, y por lo tanto, de la estructura de las oportunidades políticas en que se desarrollan las acciones colectivas. De este modo, lo que en un contexto democrático tiene un perfecto encaje, en el caso de un régimen dictatorial con altos índices de represión no resulta operativo. Con esta primera apreciación tan sólo queremos establecer una primera premisa: el alto contenido de violencia en los repertorios de la resistencia armada no atiende al carácter local y poco informado de sus grupos, sino a los altos niveles de represión a la que se vio sometida.

La cuestión de los diferentes tipos de repertorios colectivos (tradicional/ moderno) es abordado en nuestro trabajo en función de las categorías de resistencia que presentamos (bandolerismo social y guerrilla), pero para ello será necesario realizar unas referencias previas de carácter metodológico. Los repertorios de acción colectiva deben ser considerados como una construcción cultural, es decir, como prácticas aprendidas a través de la experiencia colectiva, pero cuya amplitud suele ser limitada. A estos dos aspectos debemos agregar que los cambios en los repertorios de acción colectiva suelen ser lentos, contando con largos periodos de transición donde coexisten e incluso son intercambiables. Pero, ¿cuáles son las diferencias entre los repertorios tradicionales y modernos? Charles Tilly define el repertorio tradicional como

*local* porque en la mayor parte de los casos los intereses y la acción implicados se limitaban a una simple comunidad; *particular* porque las formas de contestación variaban de modo significativo de acuerdo con el sitio, el actor y la situación; y *bifurcado* porque cuando la gente corriente se refería a problemas locales y se dirigía a destinatarios cercanos adoptaba una acción extraordinariamente directa para lograr sus fines, mientras que cuando pasaba a problemas y destinatarios nacionales, dirigía una y otra vez sus demandas a un patrón o autoridad local que representará su interés, recondujera su queja, cumpliera con la obligación que le era propia o al menos la autorizara a actuar

---

<sup>21</sup> TARROW, Sydney: *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 1997, p. 185.

frente al repertorio moderno,

*nacional* por frecuente referencia a intereses y problemas que abarcan muchas localidades o afectaban a centros de poder cuyas acciones repercutían en muchas localidades; *modular* porque las mismas forman servían a muchas localidades, actores y problemas diferentes; y *autónomo* porque comenzaban con la iniciativa de los demandantes y establecían comunicación directa entre los demandantes y los centros de poder con significación nacional<sup>22</sup>

Pero para poder abordar la cuestión de los repertorios de acción colectiva en la resistencia armada debemos atender tanto a los cambios cronológicos como a la propia tipología de los grupos. Es evidente que en sus orígenes, los huidos, dada su escasa capacidad de organización y de recursos, emplearon un limitado repertorio (robos, anónimos, secuestros, etc.). En cambio, a partir de la constitución de las agrupaciones guerrilleras, el abanico del repertorio se vio ampliado, aunque como ya comentamos con anterioridad, no fue asumido por todos los grupos. En el último periodo, dada la descomposición de las agrupaciones y de sus estructuras organizativas, el repertorio volvió a sus limitaciones anteriores. Pero analicemos los repertorios en función de la tipología de los grupos.

La guerrilla, dirigida por un aparato militar y bajo las directrices de un aparato político, se organizó como una estructura de signo militar: Estado Mayor, grupos de enlace, batallones, etc.; con una definida jerarquía de mando y regida por unos estrictos Códigos de disciplina. Estas características les permitieron asumir un importante número de hombres y cubrir amplios espacios de territorio. Aun así, debemos tener en cuenta los condicionantes en que se desarrolló la actividad armada, lo que obligó en muchas ocasiones a tomar iniciativas marcadas más por la necesidad que por los objetivos políticos. En este sentido, los repertorios de acción colectiva de las agrupaciones guerrilleras no se diferenciaban en absoluto de la de los grupos de bandolerismo social: nos referimos a los robos, los anónimos, secuestros, etc., y que entrarían en la lógica de los repertorios de carácter tradicional. La diferencia entre las dos tipologías de grupos se puede establecer en que los grupos de bandolerismo social reducían su repertorio a este tipo de acciones, en cambio, las agrupaciones guerrilleras, en la medida de sus posibilidades, desarrollaron acciones de mayor envergadura y de distinta naturaleza: ocupación de pueblos, asaltos a los cuarteles, lanzamientos de panfletos, invasión de banderas republicanas, sabotajes a vías de comunicación o infraestructuras, mítines *express* entre los vecinos, etc. Lo limitado, en cambio, del repertorio de acción colectiva en los grupos de bandolerismo social, atiende, por lo tanto, a la propia experiencia colectiva de sus miembros, escasa o nula en algunas ocasiones, o más vinculada a los repertorios tradicionales que hemos señalado.

---

<sup>22</sup> TILLY, Charles: "Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña: 1758-1834", en TRAUGOTT, Mark (Comp.): *Protesta social*, Barcelona, Hacer, 2004, pp. 40-42.

## 5. Organizaciones previas/Redes de apoyo/vertebradores de grupo

La represión extendida en los primeros años de la posguerra tuvo como efecto tanto la desarticulación de las organizaciones sociales como un efecto de desmovilización social en cuyo contexto se originó el fenómeno de la resistencia armada. Aun así, la existencia de unas fuertes organizaciones anteriores permitió, desde un primer momento, su reconstrucción en la clandestinidad pero con una escasa capacidad de continuidad debido a la permanente acción represiva del Estado. A pesar de estas circunstancias, la resistencia armada antifranquista, tanto en su primera fase de huidos como en los posteriores periodos, contó con una extensa red de apoyo social estimada, entre 1939 y 1952, en torno a los 60.000 enlaces y puntos de apoyo detenidos<sup>23</sup>. Esta situación se puede comprender cuando comprobamos la menor importancia de las organizaciones clandestinas, debido a su debilidad, en estas funciones, siendo las redes familiares y de amistades las que realmente articularon las redes de apoyo a la resistencia armada. Sus actividades (información, refugio y abastecimiento) eran vitales para la resistencia, y así lo comprendió la dictadura, que en la nueva y definitiva ola represiva desatada entre 1947 y 1949, fijó uno de sus objetivos centrales en las redes sociales de apoyo. Este golpe sistemático desencadenó el final de la resistencia, provocando a corto plazo una nueva ola de huidos que se incorporan a los grupos de guerrilleros. Estos, incapaces de asumir un aluvión de individuos de estas dimensiones y cada vez con menor infraestructura, se vieron empujados a una desvertebración de las estructuras guerrilleras y a una limitación de los repertorios de acción colectiva, que por otra parte, cada vez eran más indiscriminados (robos a campesinos pobres y simpatizantes) y con mayor grado de violencia (aumento de los asesinatos, ejecuciones dentro de los grupos guerrilleros, etc).

Pero de no menor importancia es el análisis de lo que hemos denominado como los aglutinadores, es decir, tipos de vínculos o lazos sobre los que se articulan y vertebran los grupos de resistencia. Durante el periodo de los huidos, los primeros grupos se organizaron en torno a los lazos de parentesco, amistad o vecindad. Debemos recordar la importancia de este tipo de lazos en las sociedades campesinas, como es el caso en que se desarrolla la resistencia armada antifranquista. De todos modos, tampoco podemos caer en el error de utilizar categorías abstractas, y como hemos señalado con anterioridad, la sociedad campesina de los años cuarenta no puede ser contemplada con los parámetros del siglo XIX.

En el primer periodo de los huidos, los líderes con un mayor bagaje de experiencia colectiva intentaron ampliar sus grupos con nuevas incorporaciones —no marcadas ya por los lazos de parentesco sino de afinidad—, aunque se vieron limitados por la debilidad de las estructuras organizativas que ya hemos señalado. Será a partir de la incorporación de guerrilleros foráneos llegados desde el exilio, y por

---

<sup>23</sup> MORENO GÓMEZ, Francisco: "Huidos, maquis y guerrilla: una década de rebeldía contra la dictadura", *AYER*, 43 (2001), p. 131.

lo tanto, de la constitución de las primeras Agrupaciones, cuando podamos observar nuevas formas de organización y vertebración de los grupos. A partir de las primeras investigaciones, hemos llegado a la conclusión de que las organizaciones guerrilleras contaron con dos tipos de aglutinadores: los lazos sociales (a través del acuerdo, por cuestiones de afinidad) y los lazos de parentesco; teniendo el primero una función vertebradora y el segundo, con un carácter más marginal, tan sólo representa pequeñas redes de solidaridad interna. Esta doble condición de los aglutinadores nos permite hablar de una doble vertiente (social y política) de la guerrilla, que nos sitúa de nuevo ante la cuestión de las diferentes experiencias colectivas de sus miembros y ante las consecuencias de la represión indiscriminada.

una vertiente política (representada por los guerrilleros de disciplina comunista y aquellos que, sin serlo, se integran en la estructura comunista) y una vertiente que podríamos denominar “social”, integrada por personas relacionadas con la guerrilla (sea en el monte o, sobre todo, en las estructuras de apoyo) pero sin una motivación ideológica precisa, llevados a participar en la lucha armada por motivos más estrechamente relacionados con la conflictividad vivida a nivel local que con una ideología comunista de escasa implantación en la zona durante los años de la República<sup>24</sup>.

Por el contrario, en los grupos de bandolerismo social el aglutinador con una función vertebradora son los lazos de parentesco (simbólicos o reales), establecido en sus orígenes a partir de un núcleo familiar, generalmente hermanos. Este hecho llegó a cobrar tanta importancia, que muchos de estos grupos llegaron a ser conocidos popularmente por el propio parentesco (en el caso de la provincia de Granada: hermanos Quero, Clares, Matías, Galindo, etc.). Estos lazos de parentesco les dotaron de una fuerte cohesión interna que entre otros asuntos, se pone de manifiesto en las enormes diferencias en los tipos de bajas entre un modelo u otro, teniendo la guerrilla un alto índice de desertores, caso contrario de los grupos de bandolerismo social donde la deserción no existió o tuvo un carácter marginal.

## 6. Bandolerismo social: ¿una categoría válida para el análisis de la resistencia?

Hasta el momento hemos intentado explorar las posibilidades que los marcos teóricos elaborados en torno a los movimientos sociales pueden alcanzar en el análisis sobre la resistencia armada antifranquista. Pero al mismo tiempo, hemos sugerido la necesidad de formular un modelo diferenciado de resistencia a la guerrilla, el bandolerismo social, concepto en sí mismo problemático y que nos conduce a un nuevo debate metodológico e historiográfico.

En 1986, Jean-Marie Guillon se preguntaba sobre la posible utilidad del concepto del bandolerismo social en la resistencia francesa contra el nazismo<sup>25</sup>. Nues-

<sup>24</sup> YUSTA, Mercedes: *La guerra de los...*, *Op. cit.*, p. 59.

<sup>25</sup> GUILLON, Jean-Marie : “Le maquis, une resurgence du banditisme social ?”, *Provence Historique*, 147 (1987), pp. 57-67.

tra propuesta, en el caso de España, tampoco resulta del todo innovadora. Secundino Serrano y Mercedes Yusta ya lanzaron, en su momento, la posibilidad de utilizar el concepto del bandolerismo social para abordar ciertas formas marginales de resistencia. La diferencia entre estos trabajos y nuestra formulación se deriva, en primer lugar, de la necesaria revisión de la categoría que nosotros proponemos, y en segundo lugar, del carácter exhaustivo y central que tiene el bandolerismo social en nuestra investigación, en contraste con los trabajos anteriores donde tan sólo se hacían referencias menores y con escaso impacto en el conjunto de sus interpretaciones<sup>26</sup>. Desde nuestra perspectiva, la dimensión del bandolerismo social en la resistencia armada de la posguerra es más amplia de la que han señalado ambos autores, cuyo uso se ha restringido a un reducido grupo de individuos: *Foucellas* en Galicia, *Bernabé* en Asturias, *el Santeiro* en León, etc.

La categoría planteada por Eric Hobsbawm dentro de un modelo general —los rebeldes primitivos— en 1959<sup>27</sup>, y desarrollada con mayor precisión en 1969<sup>28</sup>, ha provocado a lo largo de estas décadas un importante debate historiográfico. El primero y, quizás, el más importante de sus críticos fue Antón Block, especialista en la mafia siciliana, cuyo trabajo principal<sup>29</sup> cuestiona la categoría debido a la escasa atención que presta Hobsbawm a las estructuras de poder, a los problemas que plantea el mito —más ficticio que real— del bandolero, la vinculación del propio fenómeno con el grupo gobernante local —convirtiéndose en un factor de freno y no en un catalizador de la movilización campesina—, o la excesiva importancia de las fuentes literarias en la elaboración de su trabajo teórico, uno de los aspectos más criticados por sus detractores.

Al debate se fueron uniendo otros autores como Pat O'Malley en cuyos artículos ponen en cuestión el declive del bandolerismo social en función del desarrollo de los medios de transporte y comunicación, además de sugerir un contexto especial necesario para el desarrollo del fenómeno; la existencia de una lucha de clases crónica que suponga una unificación de conciencia entre los productores directos y la carencia de una organización política madura capaz de alcanzar los objetivos comunes<sup>30</sup>.

En el caso de L. Glenn Serentan, autor de trabajos sobre el bandolerismo social norteamericano en los años treinta, considera insuficiente aplicar el enfoque en sociedades agrarias premodernas. El modelo puede trascender a otros ámbitos de

<sup>26</sup> SERRANO, Secundino: *La guerrilla antifranquista en León (1936-1951)*, León, Junta de Castilla y León, 1986, pp. 269-270 y *Maquis*: Madrid, Temas de Hoy, 2002, pp. 249-259 y YUSTA, Mercedes: *La guerra de los...*, *Op. cit.*, pp. 92-106.

<sup>27</sup> HOBBSAWM, Eric: *Primitive Rebels*, Manchester, Manchester University Press, 1959 [1ª edición española Ariel, 1968].

<sup>28</sup> HOBBSAWM, Eric: *Bandits*, New York, Panteón, 1969 [1ª edición española Ariel, 1976].

<sup>29</sup> BLOK, Antón: "The peasant and the brigand: social banditry reconsidered", *Comparative studies in Society and History*, 14, (1972), pp. 495-504 y *The Mafia of a Sicilian Village*, Cambridge, 1988.

<sup>30</sup> O'MALLEY, Pat: "Social bandits, modern capitalism and the traditional peasantry: a critique of Hobsbawm", *Journal of Peasant Studies*, 6/4 (1979), pp. 489-501.

estudio —urbano/capitalista— donde los *bandoleros* tienen conciencia de pertenecer a una tradición y de formar parte de una comunidad desplazada<sup>31</sup>.

Los debates en América Latina también han tenido un importante peso destacando las propuestas de Richard W. Slatta<sup>32</sup> que suponen una revisión de la categoría, a partir de los trabajos de Christon I. Aster, Gonzalo Sánchez y Donny Meertens<sup>33</sup>, con dos nuevas formulaciones: el bandolerismo guerrillero, desarrollado en coyunturas de conflicto pero sin una base ideológica, es decir, motivado por el beneficio personal, y los denominados bandoleros políticos, vinculados a movimientos o partidos —más que sustentar su lucha en una clase social— con una clara conciencia política de sus objetivos. El profesor británico Alan Knight en su trabajo sobre la revolución mexicana<sup>34</sup> explicita también algunos problemas del modelo y propone tres variantes: bandolerismo social degenerativo, bandolerismo social de nuevo cuño y bandolerismo asocial o profesional.

En estos trabajos se ponía en cuestión, matizaba o revisaba la categoría. Desde nuestra perspectiva, el problema se concentra en el modelo general —los rebeldes primitivos— a partir del cual se diseña un recorrido gradual de los movimientos sociales desde los más primitivos a los revolucionarios. Varios autores han revisado y criticado las propuestas de Hobsbawm, y en el caso español, la historiografía andaluza ha tenido un papel protagonista<sup>35</sup>.

Una de las preocupaciones de Hobsbawm a la hora de construir su modelo es la necesidad de una vanguardia, de una autoridad que a través de las organizaciones permitiera consolidar un movimiento social, y por lo tanto, tener posibilidades reales de alcanzar sus objetivos revolucionarios. Dicha vanguardia, en el marxismo ortodoxo, sólo podía cristalizarse en el proletario dentro de un contexto de lucha de clases característico del periodo industrial. El campesinado y sus formas de rebeldía siempre habrían quedado marginados en el análisis del cambio social y supeditado, en última instancia, a las alianzas y las decisiones de la dirección revolucionaria.

La cuestión de la movilización campesina o de las manifestaciones de conflicto y resistencia en el ámbito rural ha sufrido en las últimas décadas cambios importantes en lo que se refiere a su interpretación y a los enfoques aplicados desde las distintas áreas de las ciencias sociales. Durante todo este periodo, una de las barreras más importantes ha sido la superación de lo que podríamos definir como el síndrome del 18 de Brumario, es decir, la anulación del campesinado (reducido a una categoría ahistórica) como agente social de cambio, a consecuencia del trauma producido por el fracaso de la revolución de 1848 y la responsabilidad del campesinado

<sup>31</sup> SERENTAN, L. Glen: "The 'New' Working Class and Social Banditry in Depression America", *Mid-America*, 63, April-July (1981), pp. 107-117.

<sup>32</sup> SLATTA, Richard W. (Ed.): *Bandidos*, Connecticut, Greenwood Press, 1987.

<sup>33</sup> ASCHER, Christon I.: "Banditry and revolution in New Spain, 1790-1821", *Biblioteca Americana*, 1/2 (1982), pp. 58-89; SÁNCHEZ, Gonzalo y MEERTENS, Donny: "Political Banditry and the Colombian Violence", en SLATTA, Richard W. (Ed.): *Bandidos*, Connecticut, Greenwood Press, 1987, pp. 151-170.

<sup>34</sup> KNIGHT, Alan: *La revolución mexicana*, México D F, Grijalbo, 1996.

<sup>35</sup> Un trabajo específico: GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel: "Los mitos de la modernidad y la protesta campesina. A propósito de Rebeldes primitivos de Eric J. Hobsbawm", *Historia Social*, 25 (1996), pp. 113-157.

que le otorgaron los pensadores contemporáneos. Poco importa, en nuestro análisis, analizar si el propio Marx realizó una reflexión histórica o una conceptualización general del papel del campesinado en los procesos revolucionarios, el caso es que la metáfora del saco de patatas y la idea de la incapacidad del campesinado para constituirse como clase<sup>36</sup> influyó en sucesivas generaciones de historiadores.

Los años cincuenta y sesenta del siglo XX fueron vitales en el debate sobre los movimientos sociales. La aparición de nuevos agentes de cambio (no proletarios) en la periferia, en contraste con la escasa potencialidad revolucionaria en Occidente, ponía en cuestión el modelo tradicional marxista y hacía necesario una clarificación o reinterpretación del concepto de clase. En este sentido, la historiografía marxista británica se mostró como la escuela más activa, destacando las aportaciones de E. P. Thompson y Eric Hobsbawm.

En este contexto debemos comprender el impacto historiográfico del primer trabajo de Eric Hobsbawm, *Primitive Rebels*, publicado en 1959, y su posterior libro sobre el bandolerismo social, *Bandits*, de 1969. Eric Hobsbawm, desde un primer momento, intenta abordar el problema de la existencia de “conflictos sin conciencia de clase, y por tanto, clases y lucha de clases sin su concurso”<sup>37</sup>, y lo que Edward P. Thompson<sup>38</sup> plantea con una categoría histórica dinámica —en la cual la experiencia colectiva juega un papel central en el proceso de formación de una conciencia de clase, y por lo tanto, de la clase—, Eric Hobsbawm lo resuelve con una escala gradual de conciencia de clase, a tenor de los trabajos de Theodor Shanin<sup>39</sup>. De este modo, Eric Hobsbawm realiza una revisión del modelo tradicional marxista pero sin alterar el núcleo central de la concepción evolucionista de la conciencia de clase. El campesinado, considerado como un sector de baja claridad en función de sus relaciones sociales (clientelismos, parentescos simbólicos, lealtades primordiales, etc.) en comparación con la clase obrera industrial, sería incapaz de protagonizar y constituir un movimiento social revolucionario “a menos que este fuera inspirado desde fuera o, aun mejor, desde arriba”<sup>40</sup>. A partir de estos presupuestos, y en paralelo a la evolución gradual de la conciencia de clase, Eric Hobsbawm diseña una evolución de los movimientos sociales desde sus fases más primitivas (prepolíticas) hasta las más modernas y avanzadas.

El esquema gradual se sustenta en una primera división que atiende a la dicotomía primitiva/moderna: los movimientos campesinos y los movimientos urbanos. En el primer caso, la fase más arcaica sería el bandolerismo social, de carácter

<sup>36</sup> “En la medida en que sólo existe una interconexión local entre estos campesinos pequeños propietarios y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional ni ninguna organización política, no constituyen una clase”. MARX, Karl: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850: El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Espasa Calpe, 1985.

<sup>37</sup> GOZÁLEZ DE MOLINA, Manuel: “Los mitos de la modernidad...”, art. cit., p. 115.

<sup>38</sup> THOMPSON, Edward P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989.

<sup>39</sup> SHANIN, Theodor: “Peasantry as a political factor”, *Sociological Review*, 14 (1966) [Existe una traducción en el “Apéndice A” de su libro, *La clase incómoda*, Madrid, Alianza, 1983].

<sup>40</sup> HOBBSAWM, Eric. J y ALAVI, Hamza: *Las campesinas y la política. Las clases campesinas y las lealtades primordiales*, Barcelona, Anagrama, 1976, p. 22.

reformista e incapaz de adaptarse a los movimientos sociales modernos. Lo mismo ocurre con la mafia, un eficaz instrumento del poder. En cambio, los movimientos milenaristas, a pesar de sus rasgos primitivos, tendrían mayor adaptabilidad a los movimientos modernos y revolucionarios bajo la dirección apropiada. En el ámbito de los movimientos urbanos Hobsbawm establece dos fases en función del grado de conciencia de clase; la turba —una especie de bandolerismo social urbano de carácter reformista que supone una incógnita sobre su posible adaptabilidad a los movimientos revolucionarios— y las sectas obreras, una forma de transición entre las antiguas organizaciones obreras y los nuevos proletarios, dotados de conciencia de clase.

Como hemos podido comprobar, los argumentos de Hobsbawm se sustentan en una triple dicotomía; primitivo/moderno, campesino/urbano y reformista/revolucionario que en las últimas décadas, ante el derrumbe de los grandes paradigmas, han dejado de tener vigencia en el ámbito de la investigación. Los estudios de los nuevos movimientos sociales (NMS) nos permiten comprobar cómo los repertorios de acción colectiva, las estructuras de la organización e incluso las propias reivindicaciones que habían sido consideradas características del campesinado —y por lo tanto, clasificadas como formas de rebeldía primitiva— tienen importantes continuidades con las utilizadas por los NMS<sup>41</sup>. Además, en el apartado anterior observamos cómo la transitoriedad en los repertorios de acción colectiva no era una cuestión exclusiva del campesinado sino un fenómeno global que atendía tanto al ámbito rural como urbano, a pesar de la existencia de diferencias. Por último, la identificación de la revolución con el cambio social forma parte de la tradición del marxismo-leninismo que viene siendo revisada y cuestionada en las últimas décadas desde distintos ámbitos de las ciencias sociales<sup>42</sup>.

Son muchos los trabajos que directa o indirectamente han puesto en cuestión el modelo evolucionista de la conciencia de clase y se han incorporado nuevas herramientas de análisis —identidades colectivas, códigos culturales, etc.— que en detrimento de las tesis de Hobsbawm, han reforzado la operatividad de la categoría histórica de Thompson<sup>43</sup>. El propio Charles Tilly, en los orígenes de su formulación sobre los repertorios de acción colectiva, bajo la influencia de la dicotomía primitiva/moderna de autores como George Rudé o Eric Hobsbawm, distinguió entre formas *competitivas*, *reactivas* y *preactivas*. Más adelante suprimió la mención a estas categorías, según él mismo reconoce, con la intención de eliminar “de mis conceptos los residuos de la teoría de la modernización”<sup>44</sup>.

<sup>41</sup> Entre otros: OFFE, Claus: *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema, 1998 y LARAÑA, Enrique (Ed.): *Los nuevos movimientos sociales*, Madrid, CIS, 1994.

<sup>42</sup> Algunas reflexiones, en: SZTOMPKA, Piotr: *Sociología del cambio social*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 331-350.

<sup>43</sup> Una extraordinaria síntesis: PÉREZ LEDESMA, Manuel: “La formación de la clase obrera: una creación cultural”, en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (Eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Universidad, 1997, pp. 201-233.

<sup>44</sup> TILLY, Charles: “Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña ...”, *Op. cit.* pp. 35.

En este sentido, nuestra investigación se aleja de los presupuestos de Hobsbawm y atiende a conceptos como el papel de la experiencia colectiva de E. P. Thompson<sup>45</sup>, y al conjunto de herramientas que desde el estudio de la violencia política, los movimientos sociales y la acción colectiva se viene realizando en las últimas décadas. A estos trabajos debemos añadir nuestro interés por las formas cotidianas de resistencia campesina sugeridas por Jim Scott<sup>46</sup>. Ya hemos comentado cómo las extremas condiciones represivas que se establecieron en la inmediata posguerra no permitieron la articulación de ningún tipo de movimiento social pero la conflictividad social se mantenía latente y generó diversas formas de resistencia. Si bien en nuestro trabajo abordamos en exclusividad la cuestión de la resistencia armada, no debemos olvidar otras formas cotidianas de resistencia como las que Jim Scott señaló en las sociedades campesinas, pero que sin ningún esfuerzo nos permite encontrar analogías en el ámbito urbano. El carácter desorganizado, indirecto, asimétrico, individual, e incluso en muchas ocasiones oportunista de este tipo de resistencias (que irían desde la propagación de rumores, la ignorancia fingida o las calumnias a la caza furtiva, el relajamiento en el trabajo, los incendios, el robo, el estraperlo, la evasión de impuestos o de reclutamiento) permite —en un contexto de extrema represión— poner de relieve un cuestionamiento de la autoridad, la propiedad, etc., a un coste menor que otras formas de resistencia de confrontación directa. Ésta, sin lugar a dudas, fue la estrategia de resistencia más habitual durante los primeros años de la posguerra, y que hasta el momento carece de importantes investigaciones<sup>47</sup>. El análisis de este tipo de resistencia cotidiana no sólo nos permite ampliar el marco de las resistencias, sino que también nos puede resultar útil para el estudio de la resistencia armada. En el transcurso de nuestra investigación hemos podido comprobar cómo uno de los motivos de incorporación a la resistencia armada en la segunda generación de huidos suele estar vinculado a la represión de este tipo de resistencias cotidianas, lo cual nos sitúa de nuevo en el centro del análisis sobre la heterogeneidad en la naturaleza de los grupos y los repertorios.

Una vez señalados los marcos teóricos en que se mueve nuestra investigación, cabría preguntarse: ¿qué sentido tiene entonces utilizar la categoría de bandolerismo social definida por el historiador Eric Hobsbawm? Si bien, como hemos expuesto, no nos interesan sus referencias explicativas, consideramos que el repertorio analítico que establece en sus investigaciones es extremadamente sugerente y de gran utilidad. Tanto en *Rebeldes Primitivos* como en *Bandidos* analiza diversos elementos diferenciadores —lazos sociales, tipo de organización, legitimidad social, etc.— res-

---

<sup>45</sup> El propio concepto en los últimos años está siendo revisado, véase a modo de ejemplo: SEWELL, William H.: “Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera”, *Historia Social*, 18 (1994), pp. 77-100.

<sup>46</sup> SCOTT, James C.: “Formas cotidianas de rebelión campesina”, *Historia Social*, 38 (1997), pp. 13-39 o *Los dominados y el arte de la resistencia: discursos ocultos*, México, Era, 2000.

<sup>47</sup> Aunque de forma parcial, se pueden encontrar algunas cuestiones, en: MIR, Conxita: *Vivir es sobre-vivir: justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de la posguerra*, Lleida, Milenio, 2000.

pecto a otras formas de resistencia, que de algún modo nos permiten dar luz a cuestiones que hasta el momento habían pasado desapercibidas para las investigaciones. El uso de la categoría tiene, por lo tanto, un carácter instrumental. La utilizamos como una herramienta de análisis con el objeto de interpretar distintas estrategias de resistencia y plantear la heterogénea naturaleza de la resistencia armada en la posguerra más allá de la clásica perspectiva de una guerrilla estrictamente política con sólidas bases ideológicas.

## **Conclusiones**

En el presente artículo hemos intentado superar el tradicional aislamiento teórico de la resistencia armada antifranquista dentro de la historiografía sobre las formas de movilización y conflicto social en España. El carácter transitorio de la acción colectiva en las tres primeras décadas del siglo XX, sugerido por la coexistencia de repertorios tradicionales y modernos en las prácticas de protesta colectiva, y su perfecto encaje con la existencia de dos formas diferenciadas de resistencia armada (guerrilla y bandolerismo social), nos permite vincular el nuevo fenómeno —como acción colectiva— a las formas y tipologías de acción colectiva anteriores al final de la guerra. Los rasgos de discontinuidad —marcados por un incremento de los recursos de la violencia— vienen condicionados por el propio contexto en que surge y se desarrolla, una dictadura que desemboca al final de la guerra civil cuyo objetivo principal es eliminar con cualquier forma de movilización social.

En paralelo a estas hipótesis, hemos mostrado un esfuerzo por dotar de un importante aparato teórico al análisis de la resistencia armada con la incorporación de cuestiones como los repertorios de acción colectiva, la estructura de oportunidades políticas o las estructuras de movilización. La aplicación de estos modelos resulta compleja por la escasa atención que han mostrado los especialistas en las formas de acción colectiva bajo contextos dictatoriales o con un carácter armado, centrandos sus estudios por lo general en los nuevos movimientos sociales que se desarrollan en las sociedades democráticas, lo cual nos obliga en ocasiones a forzar los presupuestos iniciales. En el conjunto de nuestra propuesta, los especialistas echarán en falta un análisis de los procesos enmarcadores y la cuestión de las identidades colectivas. Su ausencia no se debe al olvido ni a una consideración negativa sobre estas herramientas, más bien cabría decir que la complejidad del fenómeno nos invita a desplazar este análisis a un artículo independiente. El presente artículo, de carácter especulativo, tiene tan sólo la pretensión de tantear posibilidades entre las tinieblas, y formular posibles sugerencias para ampliar tanto en análisis de las acciones colectivas, en su carácter general, como de la resistencia armada antifranquista.

En el campo de estudio en torno al cambio social, la acción colectiva, el conflicto social, la violencia política o los movimientos sociales; la sociología, las ciencias políticas y la psicología han mostrado un intenso dinamismo en contraste con

la apatía de la historia, relegada a un segundo plano debido a su escaso interés. El complejo conjunto de métodos y perspectivas que nos ofrecen estas disciplinas —desarrolladas parcialmente en este artículo— resultan de gran utilidad para los historiadores, pero al mismo tiempo, estamos seguros que la propia metodología y las herramientas de análisis de la historia pueden aportar importantes avances en este terreno de la investigación.

Esperamos que las sugerencias de nuestro trabajo generen un amplio debate y no defraude en sus expectativas.

Recibido: 1 de mayo de 2006

Aceptado: 5 de mayo de 2006